

dades, siempre lo que les dicen lo reputan menor de lo que saben. Así son los juicios naturales de la ignorancia y la flaqueza de entendimiento. Ajax hubiera temido entrar en liza con Aquiles, y reta á Júpiter á la pelea, porque conoce á Aquiles, y á Júpiter no. Un aldeano suizo, que se tenia por el mas opulento de los hombres, y á quien le procuraban explicar qué cosa era un rey, preguntaba con altivo ademán, si podría el rey tener cien vacas en la montaña.

Bien preveo que no pocos lectores extrañarán verme seguir toda la edad primera de mi alumno sin hablarle de religion. A los quince años aun no sabia si tenia un alma, y acaso no es tiempo de que lo aprenda á los diez y ocho; porque, si lo aprende antes que sea oportuno, corre peligro de no saberlo en toda su vida.

Si hubiera de pintar la estupidez enfadosa, retrataria un pedante enseñando el catecismo á unos niños; si quisiera volver loco á un niño, le obligaria á que explicara lo que dice cuando da la doctrina. Me objetarán que siendo misterios la mayor parte de los dogmas del cristianismo, aguardar á que sea capaz de concebirlos el espíritu humano, no es aguardar á que el niño sea hombre, sino á que ya el hombre no sea. A eso respondiendo lo primero, que hay misterios que es imposible, no solo que un hombre los conciba, sino que los crea; y no veo lo que se adelanta con enseñárselos á los niños, como no sea enseñarles desde temprano á mentir. Digo además que para admitir los misterios, es necesario comprender á lo menos que son incomprensibles, y los niños no son siquiera capaces de esta comprension. No hay verdaderos misterios para la edad en que todo lo es.

Es necesario creer en Dios para salvarse. Mal entendido este dogma, es el principio de la sangrienta intolerancia, y causa de todas esas vanas instrucciones que han dado un golpe de muerte á la razon humana, acostumbándola á que se contente con voces. Sin duda no se debe perder un punto para merecer la salvacion eterna; pero si basta, para alcanzarla, repetir ciertas palabras, no veo inconveniente en que llenemos el cielo de maricas y papagayos, tanto como de niños.

La obligacion de creer supone posibilidad. El filósofo que no cree obra mal, porque hace mal uso de la razon que ha cultivado, y porque está en estado de entender las verdades que desecha. ¿Pero qué cree el niño que profesa la religion cristiana? lo que concibe; y concibe tan poco lo que le hacen que diga, que si le dicen lo contrario, lo adoptará con la misma docilidad. Asunto es de geografia la fé de los niños, y de no pocos adultos. ¿Serán premiados por haber nacido en Roma mas bien que en la Meca? Al uno le dicen que se debe honrar á Mahoma, y dice que honra á Mahoma; al otro que se debe honrar á la Virgen, y dice que honra á la Virgen. Uno haria lo que el otro hace, si á entrambos mutuamente los trasladáran de morada. ¿Es posible que nos fundemos en dos afectos tan semejantes, para enviar el uno al cielo y el otro al infierno? Cuando dice un niño que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, sino en Pedro ó en Juan que le dicen hay una cosa que se llama Dios, y lo cree á la manera de Eurípides.

¡O Jove! que este nombre es de tu esencia
Lo que puede alcanzar mi inteligencia (1).

Nosotros afirmamos que ningun niño que muera antes de tener uso de razon será privado de la bienaventuranza eterna: lo mismo creen los católicos de los niños que han recibido el bautismo, aunque nunca hayan oido hablar de Dios. Luego hay casos en que puede uno salvarse sin creer en Dios; y estos casos se verifican, ya en la infancia, ya en la demencia, cuando no es capaz el espíritu humano de las operaciones necesarias para reconocer la Divinidad. Toda la diferencia que de vos á mí noto, consiste en que afirmáis que tienen esta capacidad los niños á los siete años, y que yo no se la otorgo ni aun á los quince. Bien esté yo equivocado, bien tenga razon, no se trata aquí de un artículo de fé, sino de una mera observacion de historia natural.

En virtud del mismo principio, es claro que un hombre que ha llegado á viejo sin creer en Dios, no por

(1) Plutarco, *Tratado del Amor*. Así empezaba la tragedia de Menalipo; pero los clamores del pueblo de Atenas forzaron á Eurípides á que mudase este principio.

eso será privado de su presencia en el otro mundo si su ceguera no ha sido voluntaria, y digo que no siempre lo es. Lo confesais así de los locos á quienes una enfermedad priva de sus facultades espirituales. mas no de su cualidad de hombres, ni por consiguiente del derecho á los beneficios de su Criador. ¿Pues por qué no convenís tambien en lo mismo respecto de aquellos que desviados de toda sociedad desde su niñez, hayan tenido una vida absolutamente silvestre, privados de las luces que solo se adquieren en con el trato de los hombres (1)? Porque está demostrado no ser posible que semejante salvaje pueda nunca elevar sus reflexiones hasta conocer al verdadero Dios. Nos dice la razon que solo por sus culpas voluntarias es un hombre merecedor de castigo, y que no se le puede imputar á delito una ignorancia invencible: de donde se infiere que ante la eterna justicia, todo aquel que creyera, si tuviese las necesarias luces, es reputado creyente, y que no habrá otros incrédulos castigados que aquellos que cierran su corazon á la verdad.

Guardémonos de anunciar la verdad á los que no están en estado de comprenderla; eso es querer sustituirla con el error. Mas valiera no tener idea ninguna de la Divinidad, que tenerlas soeces, fantásticas, injuriosas, indignas de ella; pues menos mal es desconocerla que ultrajarla. Mas quisiera, dice el buen Plutarco, que creyesen que no habia Plutarco en el mundo, que dijese era Plutarco injusto, envidioso, celoso y tan tirano, que exige mas de lo que deja facultad para que hagan.

El mayor daño de las deformes imágenes de la Divinidad que imprimen en el espíritu de los niños, consiste en que permanecen en él toda la vida, y cuando son hombres no conciben otro Dios que el de los niños. En Suiza ví una buena y piadosa madre de familia, tan convencida de esta máxima, que no quiso instruir en la religion á su hijo en la primera edad, no fuese que satisfecho con esta ruda instruccion, se descuidase en

(1) Acerca del estado natural del espíritu humano y de la lentitud de sus progresos, véase la primera parte del discurso sobre la desigualdad.

tomar otra mejor cuando llegase á tener uso de razon. Oía este niño hablar siempre de Dios con recogimiento y reverencia; y cuando él queria hablar, le imponian silencio, como que era una materia muy sublime y muy alta para él. Este recato incitaba su curiosidad, y su amor propio aspiraba al instante de conocer este misterio que con tanto esmero le ocultaban. Cuanto menos le hablaban de Dios, y menos consentian que él hablase, mas se ocupaba de él: este niño veía á Dios en todas partes. Yo recelaria de este estilo misterioso, afectado con imprudencia, que exaltado en demasia la imaginacion de un mancebo, le tocase la cabeza, y al fin le hiciesen un fanático en vez de hacerle un creyente.

Pero no temamos semejante cosa de mi Emilio, pues desviando constantemente su atencion de todo cuanto excede á su capacidad, escucha con la mas profunda indiferencia las cosas que no entiende. Hay tantas en que está habituado á decir: «Eso no es de mi competencia,» que una mas poco le importa; y cuando le empiezan á inquietar estas altas cuestiones, es porque no las ha oído agitar, sino porque encamina sus investigaciones hácia estas materias el natural progreso de sus luces.

Ya hemos visto por qué senda se acerca el espíritu humano cultivado á estos misterios, y sin reparo confesaré que aun en el seno de la sociedad no alcanza á ellos hasta una edad mas adelantada. Pero como en la misma sociedad hay causas inevitables, por las cuales se acelera el progreso de las pasiones, si no aceleramos en la misma proporcion el progreso de las luces que sirven para regular estas pasiones, saldriamos entonces verdaderamente del órden de la naturaleza, y se rompería el equilibrio. Cuando no podemos impedir que se desenvuelvan las primeras con sobrada rapidez, es preciso encender con la misma las que les han de corresponder de las segundas; de suerte que no se invierta el órden, que no se separe lo que debe ir junto, y que el hombre en todos los instantes de su vida no esté en este punto por una de sus facultades, y en aquel otro por las demás.

¡Qué dificultad miro suscitarse aquí! Dificultad tan-

to mas grave, cuanto que consiste menos en las cosas que en la pusilanimidad de los que no se atreven á resolverla. Empecemos á lo menos teniendo ánimo para proponerla. Un niño debe ser educado en la religion de su padre: siempre le prueban con mucha facilidad y victoriosamente, que la tal religion, sea la que fuere, es la única verdadera; que todas las demás son meras extravagancias y disparates. En este punto la fuerza de los argumentos pende absolutamente del pais donde los proponen. Un turco que en Constantinopla tiene por ridiculo el cristianismo, venga á ver lo que piensan del mahometismo en Madrid. En la cuestion religiosa es donde mas particularmente se muestra tiránica la opinion. ¿Pero nosotros que en todo pretendemos quebrantar su yugo; que nada queremos dejar á la autoridad; y que nada queremos enseñar á nuestro Emilio que no pudiera él aprender por sí propio en cualquiera pais, ¿en qué religion le educaremos? ¿á qué secta agregaremos al hombre de la naturaleza? Me parece que es muy óbvia la respuesta; no le agregaremos á esta ni á la otra, pero le pondremos en estado de que elija aquella á que le conduzca el mejor uso de su razon.

Incedo per ignes
Suppositos cineri doloso (1).

No importa: hasta aquí el celo y la buena fé han suplido en mí la prudencia, y espero que no me abandonen estos auxiliares cuando mas los necesito. Lectores, no receleis de mí precauciones indignas de un amante de la verdad, que nunca olvidaré mi emblema; pero séame licito desconfiar de mis opiniones. En vez de decir lo que yo pienso, os diré lo que pensaba uno que valia mas que yo. Respondo de la verdad de los hechos que voy á referir, y que realmente pasaron por el autor del escrito que traslado aquí. A vosotros toca ver si se pueden sacar de él reflexiones provechosas acerca de la materia que estamos tratando. No os propongo como regla el dictámen de otro, ni el mio; os le presento para que le examineis.

(1) Por ascuas encendidas voy andando
Cubiertas bajo pérdidas cenizas.

«Treinta años hace que en una ciudad de Italia un mancebo expatriado se veia reducido á la última miseria. Habia nacido calvinista; pero á consecuencia de una locura de jóven, hallándose fugitivo, en pais extraño, y sin recurso, mudó de religion para comer. En esta ciudad habia un hospicio para los conversos, y entró en él. Mientras le instruian sobre la controversia, le inspiraron dudas que no tenia, y le enseñaron lo malo que no sabia: oyó dogmas nuevos, vió costumbres todavia mas nuevas, y estuvo en poco que fuese víctima de ellas. Quiso escaparse, y le encerraron; se quejó, y le castigaron por sus quejas: á merced de sus tiranos, se vió tratado como delincuente por no haber querido ceder al delito. Figúrense el estado de su juvenil corazon los que saben cuánto enoja la primera prueba de la violencia y la injusticia á un pecho sin experiencia. Corrian de sus ojos lágrimas de rabia, sofocábale la indignacion: imploraba el cielo y los hombres, de todo el mundo se fiaba, y de nadie era escuchado. Solo veia criados viles sujetos al infame que le ultrajaba, ó cómplices del mismo delito, que escarnecian su resistencia, y le excitaban á que los imitara. Estaba perdido sin un honrado eclesiástico que por un asunto vino al hospicio, y que él halló modo de consultar secretamente. El eclesiástico era pobre, y necesitaba de todo el mundo; pero todavia necesitaba mas de él el desventurado; y no dudó aquel en favorecer su evasion, á riesgo de ganarse un peligroso enemigo.

»El mozo que se habia zafado del vicio para caer en la miseria, y que lidiaba sin fruto contra su estrella, creyó por un instante que la habia vencido. Al primer crepúsculo de buena fortuna, se olvidó de su protector y de sus desgracias. En breve recibió el castigo de esta ingratitude; todas sus esperanzas se disiparon: en vano le favorecia su juventud, pues sus novelescas ideas todo lo echaban á perder. Como no poseia ni talento, ni maña suficiente para allanarse una fácil vereda, ni sabia ser malo ni moderado; á tantas cosas aspiró que nada pudo conseguir; y habiendo recaído en su antigua miseria, sin pan y sin albergue, á pique de morir de hambre, se volvió á acordar de su bienhechor.

»Vuelve á él; le encuentra, y es bien recibido: su vista acuerda al eclesiástico una buena accion que habia hecho; y siempre esta memoria regocija el alma. Este hombre era naturalmente humano y compasivo; sentia como suyas las penas ajenas, y las comodidades no habian empedernido su pecho; finalmente, su buena índole se habia fortificado con las lecciones de la sabiduría y con una ilustrada virtud. Recibe al mancebo, le busca un albergue, le recomienda, y parte con él su pobre comida, que apenas bastaba para los dos. Mas hace; le instruye, le consuela, le enseña el arte dificultoso de sufrir con paciencia la adversidad. Hombres preocupados: ¿hubierais aguardado esto de un sacerdote, y en Italia?

»Este honrado eclesiástico era un pobre presbítero saboyano, que por un lance de juventud se habia indispuerto con su obispo, y habia atravesado los montes buscando recursos que en su país no tenia. No le faltaba instruccion ni talento; y siendo de una presencia interesante, habia encontrado protectores que le colocaron en casa de un ministro para ser ayo de su hijo. Preferia la pobreza á la dependencia, y no sabia el modo de conducirse con los grandes. No estuvo mucho tiempo con este; pero cuando le dejó, conservó su estimacion: y como vivia con prudencia, y se hacia querer de todo el mundo, se lisonjeaba de que se reconciliaria al cabo con su obispo, y que le daria este algun pobre curato en la montaña, para vivir los años que le quedaban: esto era el colmo de su ambicion.

»Le arrastraba una inclinacion natural por el mancebo fugitivo, y le examinó con atencion. Vió que ya la mala fortuna habia marchitado su corazon; que el oprobio y el menosprecio habian abatido su valor; y que convertida en amargo despecho su altivez, en la injusticia y dureza de los hombres solo le dejaban ver el vicio de su naturaleza, y lo fantástico de la virtud. Habia visto que la religion solo sirve de disfraz al interés, y el culto sagrado de salvo conducto á la hipocresía; en la sutileza de las vanas disputas habia visto el cielo y el infierno hechos premio ó castigo de juegos de vocablos; habia visto la sublime y primitiva idea de la

Divinidad desfigurada con las desatinadas imaginaciones de los hombres; y convencido de que para creer en Dios era fuerza renunciar á la razon que de él hemos recibido, lo mismo desdeñaba nuestros ridículos sueños, que el objeto á que los aplicamos. Sin saber nada de lo que existe, sin imaginar nada acerca de la generacion de las cosas, se sumió en una estúpida ignorancia y un profundo desprecio á todos cuantos pensaban que sabian mas que él.

»El olvido de toda religion, viene á parar en olvidarse de las obligaciones del hombre. Ya estaba andado este camino hasta mas de la mitad en el corazon del licenciado mancebo, aunque no era de mala índole; pero sofocándola poco á poco la incredulidad y la miseria, corría rápidamente á su pérdida, y con las costumbres de un pordiosero le aguardaba la moral de un ateaista.

»Aunque casi inevitable el mal, todavía no estaba absolutamente consumado. El mancebo tenia conocimientos; habian cultivado su educacion, y estaba en aquella venturosa edad, en que fermentando la sangre empieza á dar calor al alma, sin esclavizarle al furor de los sentidos. La suya todavía tenia toda su elasticidad. Suplian la sujecion su tímido carácter y su vergüenza nativa, y prolongaban en él la época en que con tanto afan manteneis á vuestro alumno. El aborrecible ejemplo de una torpe depravacion y de un vicio sin embelesos, lejos de animar su imaginacion, la habia amortiguado. Por mucho tiempo en vez de la virtud le sirvió de escudo la repugnancia para conservar su inocencia, que debia rendirse á mas halagüeñas seducciones.

»El eclesiástico vió el peligro y los remedios; no le arredraron las dificultades; se complacia en su obra, y se resolvió á perfeccionarla, restituyendo á la virtud la víctima que habia librado de las garras de la infamia. Tomó con calma la ejecucion de su plan: animábase su esfuerzo con lo noble del motivo, y le inspiraba medios dignos de su celo. Cierta estaba, cualquiera que fuese el éxito, de que no sería tiempo perdido el que emplease en conseguirle; que siempre sale con su designio el que solo quiere hacer bien.

»Empezó ganándose la confianza del jóven con no

venderle sus beneficios, no hacerse importuno, ni echarle pláticas; con ponerse siempre á su alcance, y hacerse chico para igualarse con él. Me parece que era un tierno espectáculo ver á un varon grave que se hacia camarada de un tunante, y la virtud que se acomodaba al vicio para triunfar de él con mas seguridad. Cuando venia el atolondrado á darle parte de sus extravagancias y á explayarse con él, le escuchaba el sacerdote, le dejaba desahogarse; sin aprobar lo malo, en todo se interesaba; nunca paraba su charla con una impertinente censura; y el gusto con que creia el mozo que le escuchaba, aumentaba el que sentia en decirlo todo. Así hizo su confesion general sin pensar en confesarse.

»Despues de bien estudiados sus afectos y su carácter, vió claro el sacerdote que, sin ser ignorante para su edad, se habia olvidado de cuanto le importaba saber, y que el oprobio á que le habia reducido la fortuna, sofocaba en él todo verdadero afecto del bien y el mal. Un grado hay de embrutecimiento que priva de vida el alma; pues la voz interior no se hace oír de aquel que solo piensa en mantenerse. Para preservar al desventurado mozo de esta muerte moral, empezó despertando en él el amor propio y la estimacion de sí mismo: haciale ver un porvenir mas dichoso en el buen empleo de su talento; reanimaba en su corazon un generoso ardor, contándole las nobles acciones de otros; y haciéndole admirarse á los que las habian hecho, le excitaba el deseo de hacer otras semejantes. Para desprenderle insensiblemente de su ociosa y vagabunda vida, le hacia que extractára libros selectos; y fingiendo que necesitaba de estos extractos, mantenía en él el noble afecto de la gratitud. Le instruía indirectamente con sus libros; le hacia que recobrase buena opinion de sí mismo á fin que no se reputára inútil para todo bien, y no quisiese tornar á hacerse despreciable á sus propios ojos.

»Por una friolera se conocerá el arte que usaba este hombre benéfico para que insensiblemente el corazon de su discípulo saliese de la bajeza, sin que al parecer pensase él en instruirle. Era el eclesiástico de tan notoria probidad y tan atinado discernimiento, que mas querian muchas personas depositar en él sus limosnas,

que en manos de los ricos curas de las ciudades. Cierto dia que le habian dado un dinero para distribuirse á los pobres, á título de tal tuvo el mancebo la osadía de pedirle parte de él. «No, le dijo el eclesiástico, somos hermanos, vos sois cosa mia, y no debo llegar á este depósito para mi uso.» Luego desu propio dinero le dió lo que le habia pedido. Lecciones de esta naturaleza rara vez dejan de surtir efecto en un corazon de mozo que no está totalmente extragado.

»Me canso de hablar en tercera persona, y es trabajo supérfluo, porque bien conoceis, amado conciudadano, que yo mismo soy este desventurado fugitivo: me miro muy distante de los desórdenes de mi mocedad, para no atreverme á confesarlos; y bien merece la mano que de ellos me libró, que aunque me cueste rubor, tribute alguna honra á sus beneficios.

»Lo que mas impresion me hacia era ver en la vida privada de mi digno maestro la virtud sin hipocresia, la humanidad sin flaqueza, razonamientos siempre rectos y sencillos, y la conducta acorde siempre con ellos. No se informaba de si los que asistia oían ó no misa, si confesaban á menudo, si ayunaban los dias de vigilia, si comian de viernes, ni veia les impusiese otras obligaciones semejantes, que el que no las desempeña, aunque se muera de hambre, ninguna asistencia tiene que esperar de los devotos.

»Animado por estas observaciones, lejos de hacer yo alarde en su presencia del afectado fervor de un nuevo converso, no le escondia mucho mi modo de pensar, y no veia que se escandalizase. A veces hubiera podido decir en mi interior: Me permite la indiferencia al culto que he abrazado, por la que vé que tambien profeso al en que he nacido; y sabe que ya no es mi desden asunto de partido. Pero ¿qué habia de pensar cuando algunas veces le veia aprobar dogmas contrarios á los de la iglesia romana, y tener al parecer en poco todas sus ceremonias? Hubiérale creído protestante encubierto, si le hubiera visto observar con menos escrúpulo aquellos mismos estilos de que parecia que hacia muy poco caso; pero sabiendo que á sus solas desempeñaba sus obligaciones de sacerdote con tanta puntualidad como á pre-

sencia del público, no sabia yo cómo explicar estas contradicciones. Exceptuando el defecto que en otro tiempo habia ocasionado su desgracia, y de que no parecia muy bien enmendado, era ejemplar su vida, irreprehensibles sus costumbres, honestas y prudentes sus palabras. Viviendo con él en la mayor intimidad, cada dia aprendia á respetarle mas; y habiendo con tanta bondad ganado enteramente mi corazon, aguardaba con curiosa inquietud la hora de saber en qué principios fundaba la uniformidad de vida tan singular.

»No vino esta hora tan pronto. Antes de descubrirse con su discípulo, se esforzó á que fructificasen en él las semillas de razon y bondad que habia plantado en su alma. Lo mas difícil de destruir en mí, era una altiva misantropia, cierta exasperacion contra los ricos y los dichosos del mundo, como si lo fueran á mi costa, y me usurpasen su pretendida felicidad. Inclinéame en demasia á esta indignacion la loca vanidad de la juventud, que pugna contra la humillacion; y el amor propio, que mi Mentor procuraba despertar en mí, incitándome á la soberbia, presentaba aun mas viles los hombres á mis ojos, y al odio de ellos juntaba el menosprecio.

»Sin impugnar directamente esta arrogancia, estorbó que se convirtiese en dureza de ánimo; y sin quitarme la estimacion de mí propio, la hizo menos desdeñosa con mi prójimo. Siempre desviando las vanas apariencias, y manifestándome los males verdaderos que encubren, me enseñaba á lamentar los errores de mis semejantes, á que me enternecieran sus miserias, y á tenerles mas compasion que envidia. Movidó á conmiseracion de las humanas flaquezas por la íntima conciencia de las suyas propias, veía en todas partes á los hombres víctimas de sus vicios y de los ajenos; veía á los pobres gimiendo bajo el yugo de los ricos, y á los ricos bajo el de las preocupaciones. «Creedme, me decia, lejos de disimularnos nuestros males, los aumentan nuestras ilusiones, que dan valor á lo que no le tiene, y mil soñadas privaciones, que sin ellas no sentiríamos, nos tornan sensibles. La paz del ánimo está cifrada en el menosprecio de cuanto puede alterarla: el que menos sabe disfrutar de la vida, es el que mas aprecio hace de ella; y

aquel que con mas anhelo aspira á la felicidad, siempre es el mas miserable.»

»¡Ah, qué tristes pinturas! exclamaba yo con amargura: si todo nos lo hemos de negar, ¿de qué nos ha servido el nacer? y si se ha de menospreciar hasta la misma felicidad, ¿quién es el que sabe ser feliz? «Yo soy, respondió un dia el sacerdote, en un tono que me chocó. —¡Vos feliz! ¡con tan pocos bienes de fortuna, desterrado, perseguido, vos sois feliz! ¿Y qué habeis hecho para serlo?—Hijo mio, con mucho gusto os lo diré.»

»Dióme á entender que, despues de haber oido mis confesiones, me queria hacer las suyas. «Verteré en vuestro pecho, me dijo dándome un abrazo, todos los sentimientos de mi corazon, y me vereis, si no como soy, á lo menos como yo mismo me veo. Cuando hayais oido toda mi confesion, cuando conozcais bien el estado de mi alma, sabreis por qué me reputo feliz, y, si pensais como yo, lo que teneis que hacer para serlo vos. Mas no son cosa de un instante estas confesiones; se requiere tiempo para explicaros todo cuanto pienso acerca del destino del hombre y del verdadero valor de la vida: busquemos hora y sitio cómodo para esta conferencia.»

»Manifesté deseo de oírle, y fué señalado el plazo para la siguiente mañana. Estábamos en verano; nos levantamos al rayar el dia. Llevóme fuera de la ciudad, á una empinada colina, cuya falda atravesaba el Pó, y desde donde por entre las feraces riberas que haña se descubria su curso; la inmensa cordillera de los Alpes coronaba á lo lejos el país; los rayos del naciente sol, iluminaban ya los llanos, y con sus luengas sombras delineando en las campiñas los árboles, los collados y las casas, enriquecian con mil y mil juegos de luz el mas hermoso espectáculo que pueda embelesar los humanos ojos. Parecia que la naturaleza se engalanaba ante nosotros con toda su magnificencia para ofrecer materia á nuestro coloquio. Aquí, despues de contemplar silencioso y absorto estos objetos, el hombre de paz me habló de esta manera: